

no dirigió á Calixto otras miradas directas, sino que lo contempló de reojo, causando así mil desazones á aquel hombre entregado por completo á su desgraciado y primer amor.

Cuando el barón de Guenic se vió en su casa, el esplendor de sus habitaciones le hizo pensar en las privaciones de que le había hablado Beatriz, y tomó odio á su fortuna porque no podía pertenecer al ángel caído. Cuando supo que Sabina se había acostado hacía ya largo rato, se consideró muy feliz de poder disponer de aquella noche para entregarse á sus emociones, si bien maldijo el poder de adivinación que el amor daba á Sabina. Cuando, por ventura, un hombre es adorado por su mujer, ésta lee en su rostro como en un libro, conoce las menores alteraciones de los músculos, le pide cuenta de la más ligera tristeza, procura indagar si es ella la que la motiva y estudia detenidamente sus ojos, pues á ella los ojos le dicen si la ama ó no. Calixto sabía que era objeto de un culto tan sencillo, tan profundo y tan celoso, que dudó que su mujer no notase la profunda emoción que había sufrido.

—¿Cómo haré mañana por la mañana?—se dijo durmiéndose y temiendo ya la inspección á que le sujetaba Sabina.

Encarándose con su marido, muchas veces durante el día Sabina le preguntaba: «¿Sigues amándome?» ó bien: «¿No te causo fastidio ya?» interrogaciones éstas hechas siempre con gracia, y variadas según el carácter de las mujeres que ocultan así sus angustias fingidas ó reales.

Los corazones más nobles suelen á veces tener sentimientos indignos cuando son presa de sus pasiones. Así es que al día siguiente por la mañana, Calixto, que amaba ciertamente á su hijo, se estremeció de alegría al saber que Sabina buscaba la causa de algunas convulsiones sufridas por el niño, y que no se separaba de él por temor al *crup*. El barón pretextó un negocio, y salió, á fin de no almorzar en su casa, huyendo de ella como huyen los prisioneros, y considerándose feliz de poder encaminarse solo por el puente de Luis XVI y los Campos Elíseos hacia un café del bulevar, donde se complació en almorzar solo, como si estuviese soltero. ¿Qué hay en el amor? ¿Se encabrita acaso la naturaleza bajo el yugo social? ¿Es que la naturaleza quiere que el impulso que le da á la vida sea espontáneo y libre, y que se parezca al curso de un torrente fogoso detenido á intervalos por las rocas de la contradicción y de la coquetería, en lugar

de ser mansa corriente que se desliza tranquila entre los bordes de la alcaldía y de la iglesia? Hubiera sido difícil encontrar un joven más santamente educado que Calixto y de costumbres más puras y más religiosas que él, y, sin embargo, volaba hacia una mujer indigna, cuando una clemente y feliz casualidad le había deparado en la baronesa de Guenic, á una joven de belleza verdaderamente aristocrática, de talento fino y delicado, piadosa, amante, fiel, de angelical amabilidad y apasionadamente enamorada. ¡Quién sabe! Esto depende, sin duda, de que los hombres más grandes conservan aún un poco del barro primitivo de que fueron formados y de que el fango les resulta agradable, resultando así la mujer el ser más perfecto, á pesar de sus faltas y de sus extravíos. Sin embargo, la señora de Rochefide, en medio del cortejo de pretensiones que la rodeaba y á pesar de su caída, pertenecía á la más alta nobleza, poseía una naturaleza más etérea que fangosa y, bajo apariencias aristocráticas, ocultaba el papel de cortesana que se proponía desempeñar. Pero esta explicación no bastaría para explicar la pasión de Calixto. Tal vez se encontraría la razón de ella en una vanidad tan profundamente oculta, que los moralistas no han descubierto aún esta parte del vicio. Hay hombres llenos de nobleza como Calixto, hermosos, ricos, distinguidos y bien educados como él, que, sin darse ellos mismos cuenta, se cansan de un matrimonio con una naturaleza semejante á la suya, seres cuya nobleza no se asombra de la nobleza, y que van á buscar al lado de naturalezas inferiores ó caídas la sanción de su superioridad, cuando no van á mendigar sus elogios. El contraste de la decadencia moral y de lo sublime distrae sus miradas. ¡Brilla tanto lo puro al lado de lo impuro! Esta contradicción divierte. Calixto no tenía que proteger nada en Sabina, porque ésta era irreprochable; resultando de aquí que todas las fuerzas perdidas de su corazón se empleaban en Beatriz. Si ha habido grandes hombres que han desempeñado á nuestros ojos el papel de Jesús protegiendo á la mujer adúltera, ¿por qué no han de poder hacer lo propio las gentes ordinarias?

Calixto esperó las dos de la tarde animado por esta frase: «¡Voy á verla!» frase que ha ocupado á veces el pensamiento de muchos hombres durante viajes de setecientas leguas... El joven bretón se encaminó con paso lento hacia la calle de Courcelles, reconoció la casa, á pesar de que no la había

visto nunca, y él, el yerno del duque de Grandlieu, el joven rico y noble como los Borbones, permaneció en el descansillo de la escalera detenido por esta pregunta de un anciano ayuda de cámara:

—¿El nombre del señor?

Calixto comprendió que debía dejar á Beatriz su libre albedrío, y esperó, examinando el jardín y las paredes surcadas por las líneas negras y amarillas que producen las lluvias en las casas de París.

Como casi todas las grandes damas que rompen sus cadenas, la señora de Rochefide había huído dejando á su marido toda su fortuna, y no había querido tender la mano á su tirano. Conti y la señorita de Touches habían ahorrado á Beatriz los apuros que producen la falta de recursos, sin contar con que la madre de ésta le había remitido en diversas ocasiones algunas sumas. Al hallarse sola, la marquesa se había visto obligada á hacer economías bastante duras para una mujer acostumbrada al lujo, y trepando hasta la cima de la colina donde se extiende el parque de Monceaux, se había refugiado en una casita de gran señor situada en aquella calle, provista de un magnífico jardín y cuyo alquiler no pasaba de mil ochocientos francos anuales. Sin embargo, servida siempre por un antiguo criado, por una camarera y por una cocinera de Alençon, adictos á su infortunio, su miseria hubiera sido aún la opulencia para muchos burgueses ambiciosos. Calixto subió una escalera cuyos peldaños habían sido pulidos y cuyos descansillos estaban llenos de flores. Al llegar al primer piso, el criado abrió una doble puerta provista de cortinajes de terciopelo rojo forrado de seda y con clavos dorados. La seda y el terciopelo tapizaban todas las habitaciones por donde Calixto pasó. Los tapices de colores serios, las cortinas de seda en los balcones, los muebles, en una palabra, todo contrastaba con el exterior de aquella casa, que el propietario tenía muy descuidada. Calixto esperó á Beatriz en un salón amueblado con sencillo lujo. Aquella pieza tapizada de terciopelo color granate, realzada por sederías de amarillo mate, alfombrada de color rojo obscuro, y cuyas ventanas parecían invernaderos, por la infinidad de flores que abundaban en sus jardineras, estaba iluminada por luz tan débil, que Calixto apenas vió sobre la chimenea dos jarrones de Sevres, entre los cuales brillaba una copa de plata atribuida á Benvenuto Cellini y que ha-

bía sido traída de Italia por Beatriz. Los muebles de madera dorada tapizados de terciopelo, las magníficas consolas, sobre una de las cuales se veía un curioso reloj, la mesa, con tapiz de Persia, en una palabra, todo atestiguaba una antigua opulencia cuyos restos habían sido bien dispuestos. Sobre una mesita, Calixto vió alhajas y un libro empezado, sobre el cual brillaba el mango salpicado de piedras preciosas de un corta papel, símbolo de la crítica. Finalmente, diez acuarelas provistas de ricos marcos representando los dormitorios de las diversas casas en que la vida errante de Beatriz le había hecho vivir, daban una idea de la superior impertinencia de la dueña de la casa. El roce de una bata de seda anunció á la infortunada, que se presentó ataviada de un modo que á cualquier hombre corrido le hubiese dado á entender que le esperaba. La bata de casa, cortada de modo que dejase entrever un poco de su blanco pecho, era de mueré gris perla con grandes mangas perdidas, de donde salían los brazos introducidos en doble manga de bullones y provista de encaje en sus extremos. Sus hermosos cabellos rubios, que el peine había ahuecado, se escapaban por debajo de un gorro de encaje y de flores.

—¿Ya?...—dijo Beatriz sonriéndose.—Un amante no se hubiera dado más prisa. Tendrá usted que revelarme algún secreto, ¿verdad?

Y esto diciendo, se sentó en una otomana, invitando á Calixto á que se colocase á su lado. Por una casualidad, buscada, sin duda (pues las mujeres tienen dos memorias: la de los ángeles y la de los demonios), Beatriz exhalaba el perfume de que se servía en Touches cuando tuvo lugar su primer encuentro con Calixto. Aspirar aquel perfume, tocar aquella bata, mirar aquellos ojos que, en medio de aquella semiobscuridad, atraían la luz y la reflejaban luego, y perder la cabeza, fué todo uno para Calixto. El desgraciado volvió á ser presa de aquella violencia que estuvo á punto de matar á Beatriz; pero esta vez la marquesa estaba al borde de una otomana y no del Océano. Beatriz se levantó para llamar, colocándose un dedo sobre los labios, y al ver este ademán, Calixto, llamado al orden, se contuvo y comprendió que la marquesa no tenía intenciones bélicas.

—Antonio, no estoy en casa para nadie—dijo al anciano criado.—Ponga usted leña en la chimenea. Calixto, ya ve usted que le trato como amigo—repuso con dignidad una

vez que el anciano hubo salido.—De modo que espero que no me tratará usted como querida. Tengo que hacerle á usted dos observaciones. En primer lugar, que no quiero disputar estúpidamente á un hombre amado, y después que no quiero pertenecer ya á ningún hombre del mundo; porque creí ser amada por una especie de Rizzio que no tiene corazón, por un hombre completamente libre, ya ve usted adónde me ha traído mi fatal conducta. Usted está bajo el yugo del deber más santo; tiene usted una mujer amable y deliciosa, y, finalmente, es usted padre. De modo que ni usted ni yo tendríamos excusa, y seríamos dos locos.

—Beatriz querida, todas esas razones quedan anuladas con estas solas palabras: nunca he amado á nadie en el mundo más que á usted, y me casaron á pesar mío.

—Sí, esa fué una mala pasada que nos jugó la señorita de Touches—dijo la marquesa sonriendo.

Tres horas pasaron, durante las cuales Beatriz mantuvo á Calixto en la observación de la fe conyugal, proponiéndole el horrible ultimátum de una renuncia radical á Sabina. Según decía ella, en la horrible situación en que la colocaría el amor de Calixto, sólo esto podía tranquilizarla, sin tener en cuenta, por otra parte, que el sacrificio de Sabina era poca cosa, pues ella la conocía bien.

—Hijo mío, tu mujer es una verdadera Grandlieu; morena como su madre la portuguesa, por no decir amarillenta y seca como su padre. Si he de decir la verdad, creo que no se perderá nunca, porque es una especie de marimacho que ya puede marchar solo. ¡Pobre Calixto! ¿Es esa la mujer que usted merecía? Tiene hermosos ojos, pero esos ojos son comunes en España, en Italia y en Portugal. ¿Puede encerrarse la ternura bajo formas tan vulgares? Eva es rubia; las mujeres morenas descienden de Adán, mientras que las rubias descienden de Dios, cuya mano imprimió á Eva su pensamiento una vez acabada la gran obra de la creación.

A eso de las seis, Calixto, desesperado, tomó el sombrero para marcharse.

—Sí, vete, amigo mío, no le des la pena de que coma sola. Calixto se quedó. ¡Era tan fácil engañarle siendo tan joven!

—¿Se atrevería usted á comer conmigo?—dijo Beatriz fingiendo un provocativo asombro;—¡no le asustarían á usted mis huesos, y tendrá usted bastante independendencia para colmarme de alegría con esa pequeña muestra de afecto?

—Permítame usted únicamente que le escriba cuatro letras á Sabina á fin de no hacerla esperar hasta las nueve.

—Vea usted, ahí tiene la mesa en que yo escribo—dijo Beatriz.

Y ella misma encendió las bujías y llevó una á la mesa escritorio, á fin de leer lo que Calixto escribía.

«Mi querida Sabina...»

—¿Querida? ¡Cómo! ¿aun quiere usted á su mujer?—le dijo con un aire tan frío, que le heló hasta la médula de los huesos.

«...Como en la fonda con unos amigos...»

—¡Qué mentira! Vaya, es usted indigno de ser amado por ella y por mí... ¡Qué cobardes son los hombres con nosotras! ¡Vaya, caballero, vaya usted á comer con su querida Sabina!

Calixto se dejó caer sobre el sofá y se puso pálido como un muerto.

Los bretones poseen una naturaleza tan viril, que las dificultades, lejos de arredrarles, los animan. El joven barón se irguió de pronto, apoyó el codo en la mesa y la mano en la mejilla y miró con chispeantes ojos á la implacable Beatriz. Estuvo tan admirable, que una mujer del Norte ó del Mediodía hubiera caído de rodillas diciéndole: «¡Tómame!» Pero Beatriz, nacida en la frontera de Normandía y Breaña, pertenecía á la raza de los Casterán y el abandono en que se veía había desarrollado en ella las ferocidades del franco y la maldad del normando. Necesitaba vengarse de una manera notoria para todo el mundo y no cedió á aquel sublime movimiento.

—Dícteme usted lo que he de escribir, y obedeceré—dijo el pobre muchacho.—Pero luego...

—Pues bien, sí; entonces me convencería de que me amas como me amabas en Gueranda. Escribe: «Como fuera de casa. No me esperes.»

—¿Y...?—dijo Calixto, que esperaba algo más.

—Y nada más, firme usted. Bien—dijo Beatriz saltándole al cuello con feroz alegría.—Ahora voy á mandar que lleven esta carta á su destino.

—Y después...—exclamó Calixto levantándose como hombre feliz.

—¡Ah! me parece que no he adquirido ningún compromiso—dijo la marquesa volviéndose y deteniéndose á la mitad del camino, después de haber tocado el timbre.—Mire usted, Antonio, mande usted que lleven esta carta á su destino. El señor comerá conmigo.

Calixto volvió á su casa á las dos de la madrugada. Después de haberle esperado hasta las doce y media, Sabina se había acostado muerta de cansancio, y dormía, aunque no había dejado de sorprenderle el laconismo de la carta de su marido, laconismo que ella se explicó... pues el amor verdadero comienza siempre en la mujer por explicarlo todo en beneficio del hombre amado.

—Tendría prisa—se dijo Sabina.

Al día siguiente por la mañana, el niño estaba mejor y las inquietudes de la madre se habían calmado. Llevando al pequeño Calixto en brazos, la esposa fué á enseñárselo al padre algunos momentos antes del almuerzo, haciendo esas bonitas locuras y diciendo esas palabras tontas que hacen y dicen las madres jóvenes. Esta escena conyugal permitió á Calixto ocultar su inquietud, mostrándose cariñosísimo con su mujer, al mismo tiempo que se consideraba un monstruo. El padre jugó como un niño con su vástago, llegando hasta á exagerar su disimulo; pero Sabina no había llegado á ese grado de desconfianza con que una mujer se fija hasta en los más insignificantes detalles.

Por fin, mientras almorzaban, Sabina le preguntó:

—¿Dónde estuviste ayer?

—Portenduere me invitó á comer y después nos fuimos al Club á jugar algunos partidos de whist.

—Qué vida más tonta, Calixto mío—replicó Sabina.—Los jóvenes hidalgos de hoy debían pensar en reconquistar en su país todo el terreno que sus padres perdieron. Fumando, jugando al whist, distraendo la ociosidad, entreteniéndose en decir impertinencias á los advenedizos y separándose de las masas, en lugar de servir las, no es ciertamente como se llega á recobrar el prestigio. Como ha dicho muy bien de Marsay, los nobles no seréis más que una opinión, en lugar de ser un partido. ¡Ah! ¡si supieses cuánto ha aumentado mi ambición desde que crío á nuestro hijo! Quisiera ver que el nombre de los Guenic se hacía histórico.

De pronto, fijando su mirada en los ojos de Calixto, que la escuchaba con aire pensativo, le dijo:

—Confiesa que para ser la primera carta que me has escrito, es un poco seca.

—No me acordé de advertirte nada hasta que estuve en el Club.

—Sin embargo, me escribiste en papel de mujer; la carta exhalaba un perfume femenino.

—¡Son tan extravagantes esos directores del Club!...

Los vizcondes de Portenduere, matrimonio encantador, se habían hecho amigos tan íntimos de los Guenic, que ambas familias tenían un palco á medias en los Italianos. Las dos recién casadas, Úrsula y Sabina, habían trabado amistad muy estrecha á causa de sus continuas conversaciones acerca de la manera de cuidar y de criar á los hijos. Mientras que Calixto, novicio aún en el arte del fingimiento, se decía: «Iré á avisar Saviniano», Sabina se decía: «Me parece que el papel tiene una corona». Esta reflexión hirió como un rayo la conciencia de la esposa, la cual, como no estuviese segura de su aserto, sintió haber dicho tal, y se propuso ir á buscar la carta que la víspera, en medio de los terrores que la dominaban, había arrojado á la cajita de guardar las cartas.

Después del almuerzo, Calixto salió diciendo á su mujer que volvía en seguida, y tomando uno de esos coches con que empezaban á reemplazarse los incómodos cabrioles de nuestros antepasados, llegó en pocos minutos á la calle de los Santos Padres, donde vivía el vizconde, al cual rogó que le hiciese el favor de mentir en el caso de que Sabina interrogase á la vizcondesa. Una vez fuera, Calixto, recomendando al cochero que arrese, se fué en pocos momentos de la calle de los Santos Padres á la de Courcelles, á fin de saber cómo había pasado el resto de la noche Beatriz, á la cual encontró ya fuera del baño, fresca, hermosa y almorzando con gran apetito. Calixto admiró la gracia con que aquel ángel comía huevos pasados por agua, y admiróse del magnífico servicio de oro, regalo de un lord melómano á quien Conti había hecho algunas romanzas que aquél publicó como suyas.

El enamorado Calixto escuchó algunas frases picantes de su ídolo, cuyo objeto era distraerle enfadándose y llorando cuando Calixto deseaba marcharse, y creyendo que no había estado más que media hora, resultó que cuando entró en su casa eran las tres. Su hermoso caballo inglés,

regalo de la vizcondesa de Grandlieu, estaba tan empapado de sudor, que parecía que había tomado un baño.

Por una casualidad que buscan todas las mujeres celosas, Sabina se asomaba á una ventana que daba al patio, impaciente al ver que no volvía Calixto é inquieta sin saber por qué; y el estado del caballo, cuya boca echaba espuma, le llamó la atención.

—¿De dónde vendrá?

Esta interrogación le fué sugerida por esa potencia que no es la conciencia, que es el demonio, que no es el ángel, pero que ve, que presiente, que nos muestra lo desconocido, que hace creer en seres morales y en criaturas nacidas en nuestro cerebro y que va y viene viviendo en la esfera invisible de las ideas.

—¿De dónde vienes, ángel mío?—dijo Sabina á Calixto saliéndole al encuentro á la escalera.—Abd-el-Kader está casi reventado, y después de decirme que sólo tardabas un instante, me has tenido esperándote tres horas...

—Vamos—se dijo Calixto, que hacía progresos en el arte del disimulo,—saldré de este apuro con un regalo. Nodriz querida—dijo en voz alta á su mujer, tomándola por el talle con un entusiasmo que seguramente no hubiese desplegado si no fuese culpable,—ya veo que es imposible tener un secreto, por inocente que sea, para una mujer que nos ama.

—¡Hombre! los secretos no se dicen en la escalera; ven—le respondió ella riéndose.

En medio del salón que precedía al dormitorio, Sabina vió en un espejo la cara de Calixto, el cual, como no se creyó observado, dejaba ver su cansancio y su mal humor.

—¿Y el secreto?—le dijo la esposa volviéndose.

—Como has mostrado un heroísmo de nodriz que contribuye á hacerme más querido al presunto heredero de los Guenic, he querido darte una sorpresa enteramente lo mismo que si fuese un plebeyo de la calle de San Dionisio. En este momento están acabando para ti un tocador en el que han trabajado grandes artistas y á cuyo pago han contribuido también mi madre y mi tía Ceferina.

Sabina, loca de alegría, no por el regalo, sino al ver disipada su sospecha, se arrojó al cuello de Calixto y lo mantuvo estrechado contra su corazón. Este impulso fué hijo de uno de esos entusiasmos magníficos que no todos los amores, aunque sean grandes, pueden sentir, porque acabarían por

entregar pronto la vida. Cuando se ven arranques de este género, los hombres de bien caen á los pies de las mujeres para adorarlas, pues constituyen uno de esos momentos sublimes en que el corazón y la inteligencia emplean todas sus fuerzas para esperar un cariño indescriptible. Sabina rompió en dulce llanto. Pero de pronto, como mordida por un áspid, dejó á Calixto, se tumbó sobre un diván y se desmayó, pues la reacción súbita del frío en su corazón inflamado estuvo á punto de matarla: estando abrazada á Calixto, con la boca pegada á su corbata y entregada por completo á su alegría, había sentido el perfume del papel de la carta. Otra mujer hubiera caído redonda al percibir aquel olor adúltero. Sabina acababa de besar en el mismo sitio en que los besos de su rival estaban aún calientes.

—¿Qué tienes?—le dijo Calixto á Sabina después de haberla hecho volver en sí humedeciéndole las sienas.

—Vaya usted á buscar á mi médico y á mi partera, á los dos. Sí, siento que se me ha cortado la leche. Si no va usted mismo, no vendrían en seguida.

El *usted* admiró á Calixto, el cual, muy asustado, salió precipitadamente. Tan pronto como Sabina oyó que se cerraba la puerta cochera, se levantó como una corza asustada y empezó á dar vueltas por el salón gritando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Estas exclamaciones daban idea de su desolación.

La crisis que ella había anunciado como pretexto se presentó: sus cabellos se convirtieron en otras tantas agujas candentes, su ardiente sangre pareció querer brotar por los poros, cegó un momento y gritó:

—¡Me muero!

Quando al oír este terrible grito de madre y de esposa herida, entró la camarera, y cuando, trasladada Sabina al lecho, recobró el conocimiento, sus primeras palabras fueron para enviar á la criada á casa de su amiga la señora de Portenduere. Sabina sintió que las ideas rodaban en su cerebro como un torbellino.

—Tuve millares de pensamientos á la vez—decía ella después.

En medio de los transportes de la fiebre, llamó también al ayuda de cámara y tuvo aún fuerza para escribir esta carta llevada de su rabioso deseo de salir de la incertidumbre:

## A LA SEÑORA BARONESA DE GUENIC

«Querida mamá: Cuando venga usted á París, como me ha prometido, tendré el gusto de darle las gracias por el hermoso regalo con que usted, mi tía Ceferina y Calixto han querido premiarme por haber cumplido con mis deberes. No sé para qué han hecho eso, pues mi felicidad me indemniza sobradamente de las molestias que me he tomado. Renuncio á expresarles el placer que me ha causado este hermoso tocador, y espero, para hacerlo, á que esté usted á mi lado. No dude usted que cuando me atavie delante de esta hermosa joya pensaré siempre, como aquella dama romana, que mi mejor joya es nuestro querido angelito...» etc.

Y mandó á su camarera que echase esta carta al buzón. Cuando la vizcondesa de Portenduere se presentó, Sabina, después de su paroxismo de locura, empezaba á sentir los escalofríos de una elevada fiebre.

—Ursula, me parece que voy á morir—le dijo.

—¿Qué tienes, querida mía?

—¿Qué hicieron ayer Saviniano y Calixto después de comer en tu casa?

—¿De comer?—repitió Ursula, que no estaba aún advertida por su marido.—Saviniano y yo comimos juntos y nos fuimos después á los Italianos sin Calixto.

—Ursula, querida mía, en nombre de tu amor por Calixto, guárdame el secreto de lo que voy á decirte. Tú sola conocerás la causa de mi muerte... Al cabo de tres años de casada, y cuando sólo cuento veintidós, me veo ya abandonada.

Y al decir esto, sus dientes chocaban, su mirada era extrañada y su tez tomaba el color verdoso de un antiguo espejo de Venecia.

—¿Tú, tan hermosa! y ¿por quién?

—¡No lo sé! Pero Calixto me ha dicho dos mentiras; no digas ni una palabra. No me compadezcas, no te enfades, hazte la ignorante. Tú sabrás acaso quién es ella por Saviniano. ¡Oh! ¡la carta de ayer!

Y temblando y en camisa, se encaminó á una consola y tomó la carta.

—¡Una corona de marquesa!—dijo metiéndose en la cama.

—¿Sabes si está en París la señora de Rochefide? ¡Ah! ¡hija mía, ver una deshechas sus creencias, su poesía, su ídolo, su dicha, su virtud, todo! ¡Ya no hay Dios para mí en el cielo, ni amor en la tierra, ni vida en mi corazón! ¡nada! Ya no sé si es de día, porque dudo hasta del sol... En fin, siento tanto dolor en mi corazón, que casi no siento los atroces sufrimientos que hieren mi pecho. Afortunadamente, el pequeño está ya destetado, porque de otro modo mi leche hubiera sido para él un veneno.

Al ocurrírsele esta idea, un torrente de lágrimas brotó de los ojos de Sabina, secos hasta entonces.

La bonita señora de Portenduere, teniendo en la mano la fatal carta que Sabina había olfateado una vez más, permanecía alelada, al ver aquel dolor tan grande, y sorprendida ante aquella agonía de amor que ella no podía explicarse, á pesar de las incoherentes palabras con que Sabina procuró contarle la escena ocurrida. De pronto, Ursula, iluminada por una de esas ideas que sólo se le ocurren á una amiga sincera, se dijo:

—¡Hay que salvarla!

Y después, añadió en voz alta:

—Sabina, espérame que voy á averiguar la verdad.

—¡Oh! sí, ¡corre, que te lo agradeceré hasta en la tumba!

—dijo Sabina.

La vizcondesa se fué á casa de la duquesa de Grandlieu, le exigió el más profundo silencio y le comunicó la situación de Sabina.

—Señora—le dijo la vizcondesa,—¿no le parece á usted que para evitar una enfermedad, ó acaso la locura, debemos comunicárselo todo al médico y disculpar por el momento á ese pillo de Calixto?

—Hija mía—dijo la duquesa asustada,—ha obrado usted con la cordura de una vieja. Yo sé cómo Sabina ama á su marido, y opino, como usted, que podría volverse loca.

—Y hasta quedarse fea, lo cual sería aún peor—añadió la vizcondesa.

—¡Corramos!—gritó la duquesa.

Afortunadamente, las dos mujeres llegaron antes que el famoso comadrón Dommanget, único sabio á quien Calixto encontró en su casa.

—Ursula me lo ha contado todo—dijo la duquesa á su hija,—y te engañas. En primer lugar, Beatriz no está en

París, y respecto á lo que hizo ayer tu marido, sabe que perdió mucho dinero y ahora se encuentra apurado para pagar el tocador.

—¿Y esto?—dijo Sabina á su madre tendiéndole la carta.

—Esto—exclamó la duquesa riéndose—es el papel del Jockey Club; todo el mundo escribe allí en papel timbrado. Antes de poco, veremos hasta á los tenderos con títulos.

Y esto diciendo, la prudente madre arrojó al fuego el malhadado papel. Cuando Calixto y Dommanget llegaron, la duquesa, advertida por los criados, dejó á Sabina con la señora de Portenduere y detuvo en el salón al comadrón y á Calixto.

—Caballero, se trata de la vida de Sabina—le dijo al joven esposo.—Usted le ha sido infiel por la señora de Rochefide.

Calixto se ruborizó como una doncella sorprendida en su primera falta.

—Y como no ha sabido usted engañarla—dijo la duquesa continuando,—ha cometido tantas torpezas, que Sabina lo ha adivinado todo; pero, afortunadamente, estoy yo aquí. Usted no desea la muerte de mi hija, ¿verdad? Pues bien, señor Dommanget, con esto, ya conoce usted la causa de la enfermedad. Respecto á usted, Calixto, le diré que una vieja como yo concibe su error, pero no lo perdona. Semejantes perdones sólo se adquieren procurando á la mujer toda una vida de dicha. Si quiere que yo le estime, salve primero á mi hija y olvide luego á la señora de Rochefide, que sólo es buena para ser visitada una vez. Sepa usted mentir y tenga a desvergüenza y el valor del criminal... Yo también he mentido, y tendré que hacer ahora rudas penitencias por este pecado mortal.

Y acto continuo, le puso al corriente de las mentiras que debía decir. El hábil tocólogo, sentado á la cabecera de la enferma, estudiaba ya, por los síntomas, los medios de cortar el mal. Mientras ordenaba que se tomasen medidas cuyo éxito dependía de la mayor rapidez en la ejecución, Calixto, sentado á los pies de la cama, fijó sus ojos en Sabina procurando dar á sus miradas una viva expresión de ternura.

—¿Ha sido el juego lo que le ha cerrado á usted los ojos de ese modo?—le dijo Sabina con voz débil.

Esta frase hizo temblar al médico, á la madre y á la viz-

condesa, los cuales se miraron de reojo. Calixto se puso encarnado como una cereza.

—He aquí lo que tiene el criar—dijo brutalmente Dommanget.—Los maridos se aburren estando separados de sus mujeres y se van al Club á jugar... Pero no le importen á usted los treinta mil francos que el barón ha perdido esta noche.

—¡Treinta mil francos!—dijo Ursula con fingido asombro.

—Sí, esta mañana me han dicho en casa de la duquesa Berta de Maufrigneuse que el señor de Trailles le había ganado á usted esta suma—dijo Dommanget dirigiéndose á Calixto.—Pero ¿cómo puede usted jugar con ese hombre? Francamente, señor barón, concibo su vergüenza.

Al ver á su suegra, que era una piadosa duquesa, á la joven vizcondesa, que era una mujer feliz, y al anciano partero, que era un egoísta, mintiendo como comerciantes, el bueno y noble Calixto comprendió la grandeza del peligro y derramó dos gruesas lágrimas que engañaron á Sabina.

—Señor mío—dijo la esposa irguiéndose y mirando á Dommanget con cólera,—el señor de Guenic puede perder treinta, cincuenta y cien mil francos si quiere, sin que nadie se crea por eso con derecho á darle lecciones. Vale más que el señor de Trailles le haya ganado el dinero, que no que se lo hubiésemos ganado nosotros á él.

Calixto se levantó, tomó á su mujer por el cuello, le besó los dos carrillos y le dijo al oído:

—Sabina, eres un ángel.

Dos días después, se consideró á la joven salvada. Al día siguiente, Calixto estaba en casa de la señora de Rochefide, haciendo alarde de su infamia.

—Beatriz, me es usted deudora de la dicha—le decía.—Le he entregado á usted á mi pobre mujer, y ella lo ha descubierto todo. Aquel fatal papel que me dió usted para escribir y que llevaba su nombre y su corona, que yo no vi... como que no veía más que á usted... Afortunadamente, su inicial estaba borrada; pero el perfume que usted dejó en mí y las mentiras en que yo me embrollé como un tonto, lo descubrieron todo. Sabina ha estado á punto de morir; la leche se le subió á la cabeza y sufre una erisipela cuyas marcas conservará acaso toda la vida.

—¡Tanto mejor!—respondió Beatriz;—de ese modo, tal vez se ponga más blanca.